EL DIARIO

La Paz, Domingo 20 de Diciembre de 1953.

LA personalidad del general Angel Isaac Chiriboga, es conocida en América, especialmente en los países bolivarianos. Al referirnos ahora a él no dejaremos de mencionar, aunque sólo sea incidentalmente, un libro suyo de reciente circulación en La Paz: "Campañas de la Libertad" (1828 - 1829). Trata de aquella guerra fratricida perú - colombiana, que surgió cuando aún vivía el Libertador como para hacerlo testigo de una escena trágica donde intentóse despedazar el pendón de la hermandad americana, que él levantara tan alto en el Congreso Anfictiónico de Panamá. Guerras fratricidas y, lo que es peor, originadas por el móvil de conquistas territoriales, las hubo muchas en el Continente de Colón, con vergüenza del espíritu de justicia en América; pero el conflicto bélico, del cual el general Chiriboga se ocupa documentadamente, fué de singulares características en los albores de la Independencia Americana, cuando todavía estaban frescos por doquier los recuerdos dolorosos de la cruenta lucha emancipadora de aquellos quince años únicos, en que todos los hijos de esta América indohispana se sacrificaron juntos por la consecución del bien común.

Esa guerra y las otras interamericanas que siguieron a lo largo de la historia republicana de nuestros países, sin excluir a los Estados Unidos de Norte América, en análisis de causas y proyecciones, llevan a la conclusión de que los pueblos juegan, en determinados momentos su existencia, el papel de simples instrumentos de la ambición de sus caudillos políticos en función de gobierno. Porque ni el odio ni la ambición son condiciones innatas de los pueblos al extremo de inducirlos a la destrucción o a la conquista brutal de lo ajeno. Entiéndase aquí a naciones que viven en pacífica convivencia, sin resentimientos ni resquemores pues es cosa diferente cuando se trata de pueblos amargados por la imposición de violencias internacionales que perduran.... Para ellos, si los reajustamientos cordiales directos o el voto de arbitrios superiores de JUSTICIA UNIVERSAL, no llegan a borrar los "recuerdos dolorosos" que alientan en lo íntimo de su conciencia cívica por el orgullo nacional herido, mantener latente el ESPIRITU DE REVANCHA es derecho inalienable. Lo contrario significaría admitir por siempre, resignadamente, la propotencia del más fuerte o asumir la cómoda pero cobarde posición del silencio, que impone la conveniencia de intereses circunstanciales.

F. Nielsen Reyes

LA LUCHA POR LA JUSTICIA EN LA CONQUISTA DE AMERICA

por el general ANGEL ISAAC CHIRIBOGA

I

EL profesor Lewis Hanke, director del Institute of Latin American Studies, University of Texas, visitó durante el mes de agosto último la República de Bolivia, dictó algunas conferencias en el Auditorium de la Universidad de San Andrés en La Paz sobre asuntos americanos y luego viajó a Potosí, la famosa Villa Imperial, con el fin de investigar en sus archivos el pasado de la vida colonial española y la influencia que irradió en los destinos de América.

El profesor Hanke es también miembro del Instituto Panamericano de Historia y Geografía y es, sin duda alguna, uno de los críticos, investigadores e historiadores contemporáneos más notables.

Con atenta dedicatoria me dejó en La Paz su última obra: "La lucha por la Justicia en la Conquista de América". Un volumen de 580 páginas en las que analiza, como hasta ahora nunca se había hecho, el problema total de los primeros tiempos del descubrimiento y la conquista por España del Nuevo Mundo.

El prestigioso historiador presenta como tesis a demostrar la siguiente: "La conquista de América por los españoles no fué sólo una extraordinaria hazaña militar en la que un puñado de conquistadores sometió a todo el Continente en un plazo sorprendentemente corto de tiempo, sino, a la vez, fue uno de los mayores intentos que el mundo haya visto de hacer prevalecer la justicia y las normas cristianas en una época brutal y sangrienta".

Naturalmente, será figura de relieve, la de Fray Bartolomé de Las Casas, Obispo de Chiapas y apóstol de los indios. Lo primero que se descubre es que Las Casas tuvo un predecesor que le convirtió a la causa indígena que la tratará posteriormente en múltiples obras; y, es nada menos que Fray Antonio de Montesinos, un valeroso predicador del cristianismo que tuvo que enfrentarse con los primeros hombres de la conquista q' por lo general eran al decir de Las Casas "cualquier gentuza azotada o desorejada en Castilla" que eran estos los que señoreaban sobre los caciques e indígenas reclutándolos para que buscasen oro o cultivaran la tierra en provecho de los españoles.

En los primeros años dividiéronse las opiniones de los conquistadores respecto de los indios: para unos eran idólatras que había que esclavizarlos y para otros seres racionales a los que no se les podía privar de sus tierras y tratarlos en forma tiránica y brutal. Es cierto que la Corona Española fundó la encomienda. Entregaba o "encomendaba" indios a los españoles los que por ese hecho se convertían en encomenderos.

Hanke, se refiere en detalle a la polémica que surgió sobre "la cuestión del Derecho de España al dominio de Las Indias". Se discutía si por la concesión papal del Pontífice Alejandro VII a los Reyes Católicos para conquistar nuevas tierras se les había permitido de que las nuevas gentes fuesen maltratadas o bien por el contrario con el fin de atraerles a la santa fe de Cristo el Salvador y Redentor del mundo.

Presentada así la polémica era de creerse que no hubiese habido contendores, pero es lo cierto que entre los propios sacerdotes, teólogos y autoridades esto se discutió vivamente, triunfando en buena parte los principios antes enunciados por Victoria, quien, si en verdad justificaba la conquista nunca estuvo de acuerdo en que ella llegase a tener por base la esclavitud. Por lo contrario, Fray Tomás de Matienzo confesor del Rey, concedía al Monarca toda clase de privilegios y fué quien influenció para que, si bien se observase el primer código promulgado por Fernando el Católico, ello no significaba que no existiese el derecho de hacer la guerra para ganar almas a la fe de Cristo.

Más y para que se comprenda en toda su exactitud el fenómeno social de la conquista, el profesor Hanke ha creído del caso estudiar "el clima de opinión en que se desarrolló la lucha por la justicia en América" Presenta primero, lo que él llama las humanas paradojas del siglo XVI. Trae como ejemplo la réplica que Francisco Pizarro dió en cierta ocasión a un fraile de su compañía que estaba protestando del despojo de los bienes a los indios del Perú y el mismo que le instaba para que diera a conocer a los naturales a Dios y a la santa fe, que él "había venido de México a quitarles su ganancia a los indios...". Surgía pues el motivo más viejo y familiar de los conquistadores: la sed de oro. Para replicar aquello Hanke cita una declaración textual de Las Casas, quien decía: "Pues la razón de la disposición e institución de tal Rey e Príncipe por la sede apostólica sobre aquellas tierras y reinos, y de la comisión y donación de tal imperio, que fué y es proveer la predicación del Evangelio y fundación y dilatación de la universal iglesia y culto divino y a la conversión de las gentes dellas... Por manera que no es intención de los principes y mucho menos del de la universal Iglesia, que es el Papa, perjudicar ni quitar el derecho, y menos las honras, dignidades, estados ajenos... y por consiguiente, grandes escándalos e infamia, aborrecimiento y detestación de la fe".

La paradoja esencial de carácter español queda así establecida. Dos actitudes contradictorias e irreconciliables de la nación española frente al Nuevo Mundo.

Sobre la base expuesta, el historiador, desarrolla en muchas páginas todo lo que él llama "La actitud experimental de los españoles en el siglo XVI y los problemas teóricos creados por la conquista de América" Se discutían, pues, las condiciones en que podía hacerse guerra justa a los indios y si por sólo la concesión papal se podía despojarlos en justicia de sus tierras y hacerles trabajar o pagar tributos. Los partidarios de la extorsión consideraban a los indios salvajes, canívales, llenos de vicios contra natura y a los cuales era justo marcarlos con hierros candentes. Más surgía sobre todo desde que se estableció el Santo Oficio de la Inquisición otro punto y era el de si se debía proteger tanto a los indios como a los españoles del espíritu desintegrador de la herejía. Se apelaba a Aristóteles, a Santo Tomás de Aquino y a un centenar de teólogos célebres para establecer quien tenía la razón en el trato que debía de darse a los indios.

Para el profesor Hanke surge una nueva cuestión que la desarrolla como todas en forma exhaustiva: "La Libertad de palabra en la América del siglo XVI" que se refiere al derecho que tenían los españoles de América en ese siglo para escribir y enviar extensos informes al Rey sobre lo que aquí sucedía. Hanke manifiesta que para cualquier aspecto de la dominación española en América, se encuentran cientos de cartas y memoriales en los que se da consejo, se amonesta, se exhorta, se lamenta y se amenaza. Esas cartas —dicen— están escritas desde Ultramar a los monarcas más poderosos de Europa por sus leales súbditos lo cual es raro porque tanto Fernando e Isabel como Carlos V y Felipe II, eran monarcas absolutos que, por lo general, no toleraban la oposición en público de cuestiones tan peligrosas como las de si eran justas las guerras contra los indios y si España tenía un justo título sobre Las Indias. Es claro que tal libertad de palabra no se permitían en otros asuntos, tales como la religión, sobre todo, desde cuando la Inquisición actuó en América, primero en las Islas y luego en Tierra Firme y la cual tenía ya una gran historia en México antes de que se establecieran los tributos formales del Santo Oficio en el período 1569 - 71.



Hanke concede a esta tolerancia española el puesto de una de las glorias de su civilización y como prueba recuerda que en el vigésimo sexto Congreso de Americanistas, que se celebró en Sevilla en 1535, se aprobó por unanimidad la proposición presentada por varios delegados hispanoamericanos de que los hombres que criticaron la actuación colonial de España: Montesino y Las Casas, Soto y Vitoria, se debían considerar como los auténticos representantes de la conciencia española en el Nuevo Mundo.

Naturalmente, durante el siglo XVI, la libertad de palabra habitual en Las Indias, fué deplorada por gobernantes como el Virrey Francisco de Toledo y otros más que juzgaban que con esos hechos se atentaba contra la propia dominación española. Lo notable es que la libertad de palabra q' disfruta en América del siglo XVI, fué estimulada por los cuatro gobernantes españoles quienes no sólo la permitieron sino que hicieron casi todo lo que estaba a su alcance para fomentarlo. Llegóse hasta a dictarse un reglamento sobre esa libertad en Las Indias y es muy notable que Fernando el Católico ordenara, el 14 de agosto de 1509, que "ningún oficial impidiera a nadie enviar al Rey o a cualquier otro cartas u otras informaciones concernientes al bienestar de Las Indias". Cierto es que en 1558, se ordenó a Virreyes y Audiencias que examinaran previamente todas las quejas y sugestiones, pero se indicaba con claridad, la forma de apelación al Monarca si no se hacía justicia.

Hanke se pregunta si influyó la libertad de palabra sobre el gobierno de Las Indias y él mismo se contesta, que ello es evidente como lo prueban las instrucciones para el Gobernador Ovando (1501) las Leyes de Burgos (1512), las Leyes Nuevas (1542), la Ordenanza de Descubrimientos (1573). Parece que esta libertad no duró más allá del siglo XVI, pues en el XVII ya se consideraban inoportunas las críticas del sistema colonial.

Es también otro capítulo interesante de esta obra el titulado: "Idea de los españoles sobre la naturaleza de los indios", cuestión en la que se dividen los idealistas del "noble salvaje" contra la escuela del "perro cochino". Entre los primeros se eleva la figura de Bartolomé de Las Casas y figura entre los segundos Gonzalo Fernández de Oviedo, historiador oficial y enemigo jurado de Las Casas. La controversia se desarrolló entre los años 1492 y 1537. Hasta 1512 puede decirse que la escuela del "perro cochino", triunfó en La Española pero ello en forma transitoria, pues de inmediato venció la idea de la posibilidad de la educación de los indios en medio de una ruda controversia. Hubo alguno como el dominico Bernardino de Minaya que trató de conseguir la protección papal contra los indios y otro cómo un tal Garcés, que elogiaba su inteligencia y su buena disposición para recibir la fe cristiana declarando que "no son turbulentos, inquietos, ni díscolos sino reverentes, tímidos y obedientes a sus maestros. Para calificar a los indios en esta fase, se enviaron de España muchas misiones especiales a América. Es célebre la declaración de Fray Domingo de Betanzos en su lecho de muerte en la que se retractó de su opinión de que los indios eran bestias, pidiendo por ello perdón de Dios

En la parte tercera de este famoso libro, Hanke se refiere a una serie de experimentos españoles en América ejecutadas de 1492 a 1542 Se dudaba entonces de si los indios podían vivir como labradores cristianos de Castilla y surgió el llamado "interrogatorio de los jerónimos", mediante el cuál se llegó a probar que si los indios tenían defectos sí podían en su mayor parte adaptarse a la cultura española. Fueron célebres los experimentos de Rodrigo de Figueroa, cuyos legajos contienen una valiosa información sobre todas las fases del problema indiano. En Cuba la escena cambiaba respecto de la de los indios de Tierra Firme, pues en la Isla la tiranía de los blancos se dejó sentir con más rigor.

Sentóse luego esta premisa: "Era posible colonizar el Nuevo Mundo en forma pacífica con labradores?". Las Casas fué el primero que trató de establecer una colonia como alternativa del sistema de encomiendas; pero su resultado fue un fracaso tan completo y humillante que el Protector buscó refugio en un Monasterio ingresando a la orden de los Dominicos en la que se mantuvo apartado durante diez años de los asuntos de este mundo. Más poco después Las Casas despertó de nuevo con una serie de proyectos y proposiciones para salvar a los indios (1514 - 1519). Los indios son hombres y han de ser tratados como hombres fué la base de sus alegatos y los planes de colonización en América, para esos tiempos, se basaron indudablemente en las recomendaciones del infatigable Las Casas quien contó con el apoyo de los consejeros flamencos del Rey y del Cardenal Adriano. Nunca abandonó Las Casas su lucha por la libertad y salvación de los indios. Capítulo tras capítulo de su Historia de Las Indias, están llenos con el apasionado relato de sus batallas en el período que va de abril de 1519 hasta mayo de 1520 en que el Rey le hizo la concesión de unas tierras de Tierra Firme para que ensayara su sistema de colonización con labradores y ello contra la franca oposición del Obispo de Burgos, Juan Rodríguez de Fonseca, viejo enemigo de Las Casas.

Como consecuencia de lo anterior surgió de nuevo aquello de que si se podía predicar la fe cristiana a los indios únicamente por medios pacíficos. El experimento de más éxito de Bartolomé de Las Casas efectuóse en Guatemala en 1537 y su idea estaba basada en el tratado intitulado "del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión que había sido impreso en México", ese tratado se consideraba uno de los tres grandes escritos de Las Casas y es el que derramará gloria sobre su nombre mientras se estudie la conquista española en América. Pocos escritos, en efecto, han tenido en la historia del mundo un efecto tan envidiable, como lo tuvo este macizo tratado recargado con cientos de citas y que llevó al famoso experimento de Vera Paz en Guatemala. Cuando Las Casas compuso este tratado tenía 63 años de edad y era uno de los españoles con más experiencia en los asuntos del Nuevo Mundo. Se tenía como antecedente el punto doctrinal de que el cristianismo debía predicarse pacíficamente y a base de la doctrina de la dignidad de la naturaleza. El experimento de Vera Paz en Guatemala (1537 - 1550) está tratado con ex-

M A N I F I E S T O

EXACTO en mi deseo
crezco en la libertad porque la creo
como el árbol ramajes
crea en que se dilata por frondajes
hacia el azul inmenso;
en mí mismo florece lo que pienso
como una flor genuina
que se enciende en la luz que la germina.

Olvido el vil pasado
que ha oprimido a mi pueblo: estoy asqueado
del respirar estrecho:
un futuro se entreabre en que el derecho
a vivir nuestra vida
será ya una verdad plena, encendida;
será ya un sueño duro
rebelde a concesiones: alto y puro.

Edifico en mí mismo
al Hombre de verdad, sin el abismo
que separa al hermano:
soy entero en la sangre, soy humano
que crea lo que vive,
porque no le es posible ni concibe
vivir sin un motivo
de libertad rotundo: ¡aquí lo escribo!

A mi tierra defiendo:
con la voz, con el canto yo aquí enciendo
un credo de verdad
que limpio se alimenta de libertad;
con el pueblo yo anudo
mi causa de hombre libre. Este es mi escudo:
varón que sin fronteras
vive de realidades y quimeras.

Al fin el hombre ahora
despierta de su sueño; le devora
un ansia por lo suyo:
por la tierra, el trabajo, el noble orgullo
de vivir libremente
con sano corazón y limpia frente.
Es un varón profundo
que redescubre ahora su ancho mundo.

El alba crece y crece:
ya el oscuro pasado al fin perece
entre golpes viriles;
se oyen cantos hermosos, varoniles
que a vida nueva invitan.
A los trabajadores nos excitan
a luchar sin demora.
¡De vencer junto al pueblo es ya la hora!

Un himno de alegría
agita ya la tierra (¡Poesía!).
Un himno en que el amor
nos abraza y nos une con vigor.
Un himno tan violento
que recorre los pueblos como un viento:
¡es el himno del hombre
que sabe responder por ese nombre!

La hora ya ha sonado:
respondamos vibrantes al llamado
que la sangre nos hace:
de hombre a hombre unión y justo enlace
nos hará fuertes, rudos,
varoniles, terrestres, como nudos
de raíces oscuras
que de la tierra emergen, muy seguras.

Una oscura marea
destruye lo pasado: así se crea
un nuevo tiempo puro
que odia toda frontera y todo muro:
quiere que el hombre viva
desnudo de prejuicios y conciba
una patria mayor:
ciudadano de un mundo ya mejor.

La tarea es hermosa:
cada quien con su tierra, cada cosa
que irradie su hermosura
sin envidia mezquina, sin usura.
Que el hombre se dé entero
a lo que en sed ansía; que el dinero
deje de ser la treta
que arrastra sin cesar a una horrible meta.

La verdad desnuda
sobre esta tierra crezca; que la ayuda
no sea sólo mito
sino voz terrenal, canción o grito
que a los hombres confía
una causa más justa: que no espíe
el hermano al hermano.
¡El sueño es muy hermoso y muy humano!

La tierra late ahora
con su pecho violento; nadie llora
¡no hay tiempo de llorar!
Esta sed no la calma ya ni el mar.
Está sobre la tierra
una sed de ser libres que se encierra
en todo pecho fuerte:
¡lo nuestro defender hasta la muerte!

R A U L   L E I V A

ALEXIS DE TOCQUEVILLE HISTORIADOR DERROTADO

por GUILLERMO BEDREGAL GUTIERREZ

ES común y corriente la afirmación, como realidad incontrovertible, de que el vencedor sea quien escriba la Historia. Esta tesis encierra implícitamente en su contexto, algo así como una ordenanza de tipo militar indiscutible que en cierta forma ha sido corroborada por la historia escrita que conocemos.

Sin embargo, adentrando el conocimiento en la raíz sociológica de esta afirmación se descubre que el tipo de guerra al que se refiere esa frase, es completamente distinto al que en la actualidad se conoce. La guerra de entonces, aventura militar fruto sazonado del romanticismo, no abarca en sí la cruel realidad de las guerras contemporáneas, verdaderas guerras civiles universales, donde se manifiesta el amargo y real sentido de la hecatombe que la sociedad del presente tiene que afrontar.

Alexis de Tocqueville, es indudablemente el más grande historiador del siglo XIX. Aparentemente su posición es anticuada para su tiempo, empero, precisamente por eso, no se ha inmerso —cosa excepcional para un historiador— en el historicismo de sus contemporáneos. Es realmente extraordinario, cómo su visión ha penetrado dentro los primeros planos de las Revoluciones y Restauraciones, descubriendo el núcleo del destino del desarrollo histórico que tiende a un constante aumento de la centralización y de la democratización. Si aludimos a la penetración de su visión histórica no nos referimos a que tenga una visión tensa y forzada, no pretende, en ningún momento Tocqueville, buscar leyes eternas al proceso histórico, menos ciclos culturales o leyes correspondientes a los tres estadios (cual corresponde al hegelianismo dialéctico). Tocqueville no trata de asuntos a los cuales no esté vinculado existencialmente, no menciona ni a las viejas culturas India o egipcia ni tampoco a etruscos y persas, su posición, como dice Carl Schmitt, es la de un moralista en el cabal término dentro la tradición francesa, al igual que Montesquieu. Sus ideas, "carentes de prejuicios, pero preñadas de pasión", otorgan a sus contemporáneos la suficiente ecuanimidad y objetividad históricas como para proporcionar verdaderas fuentes al conocimiento histórico.

Sin embargo, por encima de estas valiosas aportaciones, subsiste en su obra, y para siempre, los grandiosos pronósticos que al final de su obra "Democratie en Amérique" ha escrito.

El pronóstico de Tocqueville establece que la humanidad proseguirá el camino que conduce a la creciente centralización y democratización. Pero, no se limita ahí su pronóstico; afirma en forma precisa que serán dos potencias mundiales concretas las portadoras de este desarrollo: América y Rusia. Aunque sean esencialmente distintas, ambas potencias protagonistas, llegarán por caminos completamente diversos a formas de organización poseídas la una de poderes dictatoriales y la otra de poderes de libertad, pero que encierran en el fondo a una humanidad centralizada y democratizada.

Constituye un acontecimiento singular que un jurista joven de Europa, hace más de cien años, alrededor de 1835, pueda concebir semejante pronóstico, mientras el marco histórico de entonces, sólo comprendía a Europa como vigente política y culturalmente. Hegel había muerto pocos años antes, en 1831, sin notar la presencia de ambas potencias mundiales como protagonistas del proceso histórico. Lo extraordinario es que nuestro historiador, al igual que el español Donoso Cortés, descubriera en países aún no industrializados, como los Estados Unidos y Rusia de entonces, a dos pujantes gigantes impregnados ambos del espíritu europeo, pero que del todo europeos que se encontrarían frente a frente por encima de la cabeza de la pequeña Europa.

Lo que entonces afirmó Tocqueville no constituye un incierto y vago oráculo, menos una visión profética o una construcción general de filosofía de la historia. Fué un verdadero pronóstico nacido a la luz de observaciones y experiencias materiales y gracias a diagnósticos racionalmente meditados.

Indudablemente con éste pronóstico, como con el de Donoso Cortés, ambos desvinculados entre sí en su construcción intelectual, se alteró radicalmente la conciencia europea y se inició una nueva etapa en la concepción de la Historia Universal que muy posteriormente a la fecha en que Tocqueville la enseñó, adquirió su sistemática vulgarización como por ejemplo en Osfald Spengler y su "Decadencia de Occidente" o Paul Valery y su "Crisis del Espíritu". El mérito de Tocqueville radica en que un tema secular en su planteamiento, haya sido por él descubierto e intelectualmente vertido como realidad. Inmediatamente de ser descubierta esta realidad, profundas verdades históricas adquirieron actualidad y vigencia.

"El vencedor escribe la historia". Sin embargo, Tocqueville fué siempre un vencido. En él se reunen toda suerte de derrotas, y no en forma casual y desgraciada, sino, como dice Schmitt, en forma providencial y existencial. Como aristócrata fué un vencido en la guerra civil, lo que significa que fué derrotado en la guerra más espantosa que trae la derrota más inhumana y cruel. Pretendía a la clase social abatida por la Revolución de 1789. Como liberal fué mortalmente tocado por la revolución social de 1848. Como francés pertenecía a la nación que después de una guerra de coalición de veinte años fué derrotada por Rusia, Inglaterra, Prusia y Austria. Como europeo le correspondió también la tarea dura del vencido, pues vió, anticipándose a su época, la preeminencia de los colosos ruso y americano que traerían consigo la centralización y la democratización del orbe. Por último, como cristiano, también sufrió la derrota frente al agnosticismo cientifista de su época.

Fué un vencido que aceptó su derrota. "C' est un vaincu qui accepte sa défait", dijo de él Guizot, pero lo dijo en forma peyorativa. Pese a la inquina mundana y al istrionismo que sobrevivió a su derrota, su figura de eminente historiador y conocedor vinculado existencialmente a "su mundo" tiene caracteres de perennidad centenaria. La experiencia irrenunciable de su derrota le hace calar profundamente en otros ámbitos donde su pensamiento adquiere plena vigencia.

La turbulenta vida política de Francia de fines del XVIII y principios del XIX, yuxtapuesta entre un mundo oprimido y otro por nacer, le brinda la oportunidad de intuir un futuro donde, "rotos los vínculos de casta, de clase, de corporación o de familia, los hombres sienten irresistible inclinación a no preocuparse sino de sus intereses particulares, a no pensar más que en sí mismos y a retraerse en un individualismo estrecho que mata todas las virtudes públicas. Lejos de luchar contra esta tendencia, el despotismo la hace irresistible porque impide que los ciudadanos sientan una pasión común y la necesidad de mutuo auxilio, y los priva de la ocasión de entenderse y de realizar una acción concentrada; los encierra, por decirlo así, en la vida privada. Ellos tendían ya a apartarse unos de otros, y el despotismo los aisla; se habían relajado los vínculos de solidaridad y el despotismo acaba por romperlos "..."El deseo de enriquecerse a toda costa, la pasión por los negocios, el afán de lucro, el logro de los goces materiales, son las pasiones más comunes en estas sociedades"... "Estas pasiones enervantes apartan la imaginación de los hombres de los negocios públicos y los hacen temblar ante la idea de una revolución" (A. de Tocqueville, "El Antiguo Régimen y la Revolución", ed. española de Daniel Jorro, Madrid, 1911, prólogo, págs. 7 y 8).

Las frases precedentes tiene un carácter de perennidad enorme. Se adaptan a tiempo y circunstancias diversas, cambian los actores y los escenarios, pero ellas reflejan algo así como un "talante" de las épocas convulsas cuando "conviven el despotismo y la igualdad" (op. cit. pág. 9).

"Solamente la libertad —continúa el visionario Tocqueville— puede combatir eficazmente en estas sociedades los vicios que les son propios y detenerlas en la pendiente por que se deslizan. Sólo ella puede sacar a los ciudadanos del aislamiento en que la independencia misma de su condición los hace vivir, para constreñirlos a aproximarse; la única que los enardece y los reune todos los días, impulsados por la necesidad de entenderse, de persuadirse y de complacerse mutuamente en la práctica de los negocios comunes. Ella es la única capaz de apartarlos del culto del dinero para hacerlos comprender en todo momento que a su lado y sobre ellos está la patria; ella, la única que de tiempo en tiempo sustituye al deseo de bienestar pasiones más enérgicas y nobles, la que proporciona a la ambición objetos más grandes que la adquisición de las riquezas, la que crea la luz que permite ver y juzgar los vicios y defectos de los hombres" (op. cit. p. 9).

Desde entonces no ha ocurrido hasta el presente, nada en el mundo que haya ocasionado la pérdida de vigencia de estos pensamientos. Nuestra América, geográficamente cercana a la realidad histórica descubierta por Tocqueville, no se sustrae ni mucho menos en la actualidad turbulenta de sus transformaciones políticas y sociales, a la carroña de la total desjerarquización, como tampoco carece de esa renovada esperanza en cuyo "orto" yace inconmovible y fructífero el ideal de libertad. A Alexis de Tocqueville, el historiador derrotado, le corresponde la gloria de un pronóstico junto a la hiel de una vida en derrota: ambas realidades fuente inextinguible de su actualidad histórica.

CONSIDERACIONES SOBRE LA LENGUA

por CARLOS SERRATE REICH

EL número que se ha señalado de las lenguas vivas y muertas, por aproximación en dos mil, no ha sido jamás determinado sino de una manera incierta y arbitraria. La Real Academia Francesa de la Lengua, por ejemplo, nos dice que existen 2.796 idiomas — incluyendo dialectos — en todo el planeta. Fuera del corto número fijado por los monumentos literarios, el resto nace y desaparece merced a un incesante movimiento inexplicable — o indeterminado — aún. En América, en Asia, en Africa, en Oceanía, pese a los prodigiosos esfuerzos de los misioneros y filólogos, surgen y desaparecen los lenguajes. En esos continentes no es raro encontrar ciudades dentro de cuyos límites se hablan diez o doce dialectos, tan distintos entre sí, que se hacen inintelígibles para los mismos vecinos. Según Plinio, él llegó a clasificar, en la Cólquida, más de trescientas tribus que hablaban distintos dialectos; y los romanos tuvieron que servirse de ciento treinta intérpretes para comerciar y tratar con ellas.

En la actualidad, se tiende a disminuir — en el mayor número posible — la existencia de idiomas, y por los boletines de información de la UNESCO, sabemos que ésta trata de constituir una sola lengua de carácter universal, hablándose para tal efecto del inglés, del francés y del castellano. Toca a los miembros de las diferentes Academias de la Lengua Castellana, y en especial a los de la Real, hacer la respectiva defensa de nuestro idioma. En realidad, todo intento realizado para constituir una lengua universal ha fracasado, especialmente por la demasiada artificialidad de ellas. Este es el caso del esperanto, lengua artificial propuesta para el lenguaje internacional. Y no puede ser de otra manera. El idioma, como superestructura que es, se modifica, se transforma constantemente; da lugar a una nueva base y de eña renace para continuar en este proceso dialéctico de constante superación. La lengua universal es un ideal, pero logrará su materialización sólo con el desarrollo natural. Cuando la diferencia de lenguas haya desaparecido, el hombre tendrá mayor seguridad en sí mismo y en la Humanidad. Donde quiera que fuere, se sentirá como en su propio solar patrio. Más aún, sería el camino para alcanzar aquel tan deseado concepto — ya generalizado — de que el hombre sea un "ciudadano del mundo", y no un esclavo de sus prejuicios. Se humanizará más el concepto de extranjero, y se habrá dado un paso firme en la marcha por la tan decantada paz mundial, hoy fruto de la demagogia extremista.

La lengua es, en verdad, un ente orgánico, con todas las manifestaciones de un ser vivo. Nace, crece, se reproduce y muere. Dicho de otra manera: posee infancia, tiene su crecimiento respectivo, llega a su madurez, da lugar a nuevos idiomas, y, por último, se extingue. En el curso de este proceso sufre serias transformaciones, ya lo dijimos, evolucionando constantemente. Obedece a una necesidad individual de expresar, luego se convierte en imperiosa necesidad colectiva. Del primer romance castellano a los clásicos de la Edad de Oro, encontramos una considerable diferencia... y en un mismo idioma.

La lengua, como instrumento de la cultura y de la economía, de la llamada infra y superestructura, como, fenómeno esencialmente sociológico que es, recoge, consolida, vigoriza y extiende lo que hubiera de común en las agrupaciones humanas.

Existiendo una especie de engranaje que comprende todos los fenómenos de la Naturaleza, el lenguaje debe su evolución al progreso científico y cultural de la Humanidad. Y recíprocamente.

Es importante observar las transformaciones que una lengua sufre según el medio donde se desarrolla, acorde con el grado de cultura política adquirida por determinados pueblos. En el coloso del Norte, por ejemplo, encontramos un léxico fundamentalmente mercantilista, dada su situación de país capitalista, y en la URSS, una terminología técnico—científica, por la servil idolatría existente a un mal entendido materialismo. Este mismo fenómeno, lo tenemos nosotros en la actualidad, cuando, a raíz de la última revolución, han entrado en boga los términos revolucionarios.

Por último, debemos considerar que toda nueva creación, ha de necesitar, necesariamente, una nueva denominación, contribuyendo a la vez que en su aspecto específico, al enriquecimiento de la lexicología de un idioma.

Ya lo dijo Heráclito: todas las cosas cambian!

• • •

Hagamos referencia — aunque sea brevemente — a nuestra lengua madre: el castellano.

La lengua castellana, es, sin duda alguna, hoy una de las más hermosas y perfectas que se hablan en el mundo. "La lengua de Dios y de los ángeles", la proclamó Carlos I. Y el abate Raynal: "Brillante como el oro, sonora como la plata". Hablan hoy el castellano, mal denominado español, ciento cincuenta millones de personas. Su literatura, es en algunos aspectos, la más rica y sólida de las literaturas mundiales.

Por su origen, corresponde al grupo denominado romance, romántico o neolatino. Está formado por la corrupción del latín. Deriva directamente del llamado latín vulgar o bajo latín. Este latín, a su vez, era la modificación del latín alto o literario, hablado y escrito por las personas selectas, que fué impurificándose con la conversación y el trato vulgar al ponerse en contacto de la cultura romana, los otros pueblos conquistados.

Fué, pues, el latín vulgar el que, por corrupción, dió origen a las llamadas lenguas neolatinas: castellano, francés, italiano, rumano, ladino o reto—rumano, catalán, gallego—portugués.

El romance castellano empezó a tener propia vitalidad en los siglos X y XI, como se demuestra en varias glosas y distintos documentos notariales conservados de tales centurias. Pero aún antes debió de vivir el romance en la boca de los poetas andariegos, que recitaban sus composiciones acompañándolas de algún instrumento musical. Trovadores y juglares, cual rapsodas griegos o aedas indios, que cantaban con sus cítaras bellas canciones de amor en el balcón de sus amadas.

El primer monumento literario del castellano es el Cantar del Mío Cid, escrito, probablemente, hacia el año 1140, poema épico de valor excepcional. Fué Alfonso X, el Sabio, quien dió un impulso extraordinario al idioma, dotando a la naciente lengua romance de una enciclopedia, de que carecían los restantes romances neolatinos, y obligando a expresarse en castellano las ciencias, las artes, la política, las relaciones vulgares y cotidianas.

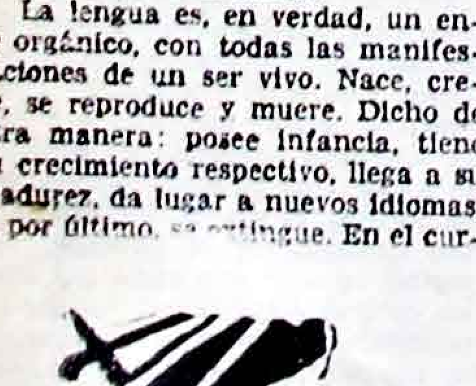
En el siglo XIV, el infante don Juan Manuel, con su Conde de Lucanor, llevó la prosa a una maravillosa plenitud. En el mismo siglo, el arcipreste de Hita, en el Libro del Buen Amor, exaltaba la poesía a un apogeo asombroso. Un siglo después el castellano tenía una obra maestra: La Celestina, en la cual se muestran todas las riquezas, todas las perfecciones, todas las posibilidades de un idioma. En 1492, Nebrija, llamado también Lebrija, publicó la primera Gramática de la Lengua Castellana, el texto anterior y más completo que ha tenido idioma alguno europeo, con posterioridad al latín.

Hablado primero en Castilla, se impuso como lengua oficial de España. "Se distingue de los dialectos peninsulares por la palatización de los grupos de letras, y principalmente por su fuerza innovadora, por haber pasado rápidamente por estados en que se han paralizado los dialectos... y por la gran transformación fonética del siglo XVI en la pronunciación de algunas letras, revolución iniciada principalmente en Castilla la Vieja, que es la que acabó por diferenciarla de fenómenos que antes eran comunes" (García de Diego). Habiéndose formado el castellano en medio de inmensas revoluciones políticas, en contacto con pueblos diversos, de idiomas distintos, nada tiene de particular que hayan quedado en él influencias y vocablos de cada uno de estos idiomas. No resulta un cálculo exagerado el siguiente: considerado el castellano dividido en cien partes, sesenta corresponden al latín, diez al griego, diez al árabe y al hebreo, diez a la lengua visigoda y diez al francés, alemán, italiano...

La lengua castellana, se mantiene viva al través de los siglos, desde el tiempo del Cid Campeador hasta nuestros días, sin olvidar por cierto la Edad de Oro de nuestra literatura, en que florecieron los grandes genios como Cervantes, Quevedo, Calderón, Lope de Vega, Tirso de Molina... y otros insignes cultores del idioma. El idioma castellano, se escribe y habla según las reglas y normas determinadas por la tradición, siguiendo el uso corriente, el estilo de los grandes escritores y hablistas, que han enriquecido su caudal con nobles locuciones y elementos vitales.

Se ha mantenido viva — decía — al través del tiempo, desde aquellas épocas felices en las que el hombre, "por su Dios, por su Rey y por su Dama", se jugaba la vida en aras del ideal; hasta nuestros días, días en que el hombre es instrumento de la máquina, y la actividad fabril rompe la bella tranquilidad de los campos en su devastador y falso progreso. Desde otrora, cuando los trovadores hacían profesión de la galantería y del amor, poniendo todo su entusiasmo en rendir pleitesía y cantar los triunfos de la hermosura y virtudes de sus amadas; hasta agora, donde se rinde pleitesía al dinero y donde se canta el triunfo de los corifeos sin Dios y sin Ley.

Con Toynbee, diremos: "Llegará el día en que el hombre retorne a sí mismo".







A LA MEMORIA DE LA SEÑORA DOÑA CARMELA CERRUTO DE PAZ ESTENSSORO

COMO savia de planta que exhalara perfume,
difundióse en esencia de infinita bondad;
fué su florecimiento la virtud que resume
la doctrina de Cristo, plena de humanidad.

Sembradora de bienes, del amor hizo culto;
tuvo la mano abierta como su corazón.
Su espiritual bagaje se prodigó en tumulto:
a veces hecho llanto y hecho a veces canción.

Semejante a una estrella descendida del cielo,
vino alumbrar la tierra con regueros de luz;
y su misión cumplida, de nuevo emprendió el vuelo,
al oir el reclamo del mártir de la cruz...

MANUEL AGUILAR

UNIVERSALIDAD DE SALAMANCA

por MANUEL CALVO HERNANDO

UNA semana antes de venir a América, he presenciado en Salamanca los actos más fastuosos y universales que pueden imaginarse. Al final de estos actos, pregunté su impresión al ministro de Educación Pública de Panamá, Dr. Victor Urrutia. Sus palabras fueron muy claras:

Empezaban las fiestas conmemorativas del VII Centenario de la Universidad de Salamanca. Se celebraba, coincidiendo con esta iniciación, una Asamblea de Universidades Hispánicas. A primera vista, parece que estos dos hechos no justificaban unos objetivos como los escritos arriba. Pero ocurre que el nombre de Salamanca resonó en todos los ámbitos universitarios del mundo con tanto entusiasmo, con tan grave profundidad que Salamanca recibió en los primeros días de octubre la visita de representantes de doscientas universidades, las más representativas antiguas y modernas, que se adherían al mensaje de paz y de cultura que significa el nombre de Salamanca. Pero no enviaban a un simple representante, "por cumplir", sino que cuarenta de ellas estuvieron representadas por sus propios rectores, que con su presencia sancionaban la brillantez y la eficacia de una conmemoración impresionante.

La ciudad nos recibió —para no desmentir su leyenda literaria de doradas piedras y de oros en la luz de la tarde— con su más galano color, vestida de amarillo en sus templos y en sus palacios, e iluminada para festejar a los hombres del saber de todos los confines, que acudían con sus palabras de afecto y de fraternidad. Cuatro días fueron necesarios para los actos de presentación de credenciales y lectura de mensajes de cada Universidad. Siguiendo un orden cronológico, leyeron sus mensajes las universidades más modernas —la primera fué la filipina de Ili-Ilo, la más joven de todas, que sólo tiene un año de edad — y a continuación lo iban haciendo las más antiguas, en orden descendente. Yo tuve el privilegio de asistir a estas sesiones y puedo afirmar que eran auténticamente impresionantes. Cada representante leía su mensaje en el idioma nativo o en latín, en un latín que sabía a gloria pronunciado por gargantas sajonas o germanas, y que era como un símbolo de unidad y de comunidad universal.

UN CORTEJO FASTUOSO

Por fin, el 12 de octubre, fecha de tan entrañables evocaciones para la gran familia hispánica, un cortejo fastuoso y brillantísimo se puso en marcha desde la gran Plaza Mayor de Salamanca hasta el Paraninfo de la vieja Universidad fundada por Alfonso X el Sabio. Periodistas y fotógrafos de todo el mundo acudieron especialmente a Salamanca para presenciarlo. Abrían marcha los colegiales de los Colegios Mayores de Salamanca y Madrid, entre ellos el Hispanoamericano de Nuestra Señora de Guadalupe, donde muchos universitarios bolivianos han vivido durante sus estudios en Madrid. A continuación, los representantes de cada Universidad, por orden cronológico de fundación y vestidos con los tradicionales ropajes académicos, de colores y formas variadísimas, en una procesión llena de gravedad y de color al mismo tiempo. La portada del número de noviembre de la revista "Mundo Hispánico" es lo suficientemente expresiva y allí puede apreciarse toda la galanura y el esplendor del cortejo. Allí estaban los redactores de Universidades tan antiguas y prestigiosas como Coimbra, Bolonia, Munich, Milán, San Marcos de Lima, Guatemala, Río de Janeiro, Bogotá, todas las españolas y muchos más cuyos nombres no recuerdo porque carezco aquí de documentación adecuada.

Al entrar el cortejo en el Paraninfo, una masa coral estrenó un himno a Salamanca del maestro Joaquín Rodrigo, sobre algunos textos del famoso "Canto a Salamanca" de don Miguel de Unamuno. Este es un hecho que fué desconocido por algunas agencias internacionales de información, quienes transmitieron, con toda falsedad, que esos días se había vetado u ocultado en Salamanca el nombre de Unamuno. Pero es más: tanto en algunas de las sesiones preliminares como en la sesión final de la Asamblea de Universidades Hispánicas, hablaron de Unamuno en sus discursos, que yo recuerde ahora, el profesor Gregorio Marañón, el Rector de la Universidad de Bolonia y los Rectores de las Universidades de Salamanca y Madrid, doctores Tovar y Laín Entralgo. Ni estos hechos ni la esplendidez de los actos parecieron interesar a los corresponsales de estas agencias, quienes transmitieron, como única información, que en Salamanca se había vetado el nombre de Unamuno. Ni siquiera se enteraron de que por aquellos días se inauguró el Museo instalado en la vivienda que ocupó el insigne Rector de Salamanca.

En la Asamblea de Universidades Hispánicas, celebrada en los mismos días, se tomaron acuerdos de gran interés en orden a la defensa y exaltación de la comunidad cultural de las naciones de habla española y portuguesa. Tal vez el principal de todos ellos —y ante la imposibilidad material de citarlos todos— fué el proyecto de creación de una gran Universidad Hispánica, con sede alternativa en diversas capitales de América y de España, y con la misión de ofrecer a los estudiosos de cada especialidad una serie de cursos superiores que por la dificultad de su montaje o de su profesorado no pueden montar en todas nuestras Universidades y sí en cambio en una de ellas, de aquí o de allá, y a la que asistirían los alumnos interesados en ello. Pero, sobre todo, se inició un contacto fecundo entre los maestros universitarios de las naciones hispánicas, que inaugura un nuevo sistema de relaciones personales y cordiales entre todos ellos.

El día 12 de octubre, por la tarde, Salamanca nos despidió con una lluvia blanda y sentimental. Quedaban atrás, para la historia y los anales universitarios, los actos inolvidables. Pero quedaba también, en el corazón y en el cerebro de cada uno de los asistentes, la fe en un destino superior y común de nuestros pueblos y la esperanza en una continuación de estos coloquios que día a día van anudando relaciones y afectos y poniendo las bases fraternas de ese conocimiento que es la vía del amor y que entre nosotros se está cumpliendo felizmente.



EL ESCRITOR

CUENTO GROTESCO

por

FEDERICO BALDIVIESO

El escritor **(cariñoso)** — Hola, querida. **(Suenan besos).**

La mujer **(con reproche).** — Ha ce una hora que te estoy esperando.

El escritor **(se quita la capa).** — Era preciso que ternimase ese artículo.

La mujer **(amante).** — ¡Oh, querido!... ¿Es bonito tu artículo?

El escritor **(con indiferencia).** — ¡Bah! Ya te he hablado de él. Se titula "La superioridad de la vida interior". Ya sabes... He escrito lo mismo que ya te tengo dicho: que lo único que me impone es la superioridad del alma.

La mujer **(enamorada).** — Sí; la superioridad del alma.

El escritor **(besándola).** — Sí, querida... **(Cogiéndola la barbilla.)** Bueno, ¿cómo estás, pequeña?

La mujer **(muy habladora).** — Me he dado gran prisa. Mi marido no ha vuelto aún.

El escritor **(nervioso).** — Sí, sí...

La mujer. — Después del escándalo de ayer se ha ido otra vez a beber... Es un hombre terrible...

El escritor **(nervioso).** — Sí... ya lo sé... ya me lo has dicho...

La mujer.— Es un hombre terrible. ¡Oh, si al fin lo encerrasen!... Pero ahora puede ocurrir eso. Parece ser que a ese boxeador le ha dado una bofetada tal..

El escritor **(interrumpiéndola con nerviosidad).** Lo sé... lo sé...

La mujer **(dándole un beso).** — Vamos querido ¿estás otra vez nervioso?

El escritor.— No; de ningún modo; pero... ¿por qué me hablas siempre de esas cosas? **(Se sienta. Después de un silencio, con nerviosidad)**; ¿Qué bofetada es esa?

La mujer. — ¿No has dicho que lo sabías?

El escritor. — Lo sé, claro está que lo sé... Pero si no me hablas de otra cosa. Como si yo tuviese curiosidad en saberlo. **(Acaso crees que me interesa saber quién es ese boxeador. Eres absurda, siempre a vueltas con esa bofetada.**

La mujer **(calmándole).** — Vamos querido...

El escritor **(nervioso).**— En efecto; ¿para qué me hablas a todas horas de esa bofetada? Crees, tal vez, que tu marido me va a imponer a mí con esa bofetada? **(Cada vez que pronuncia la palabra "bofetada" se le ve sentirse sacudido por un temblor nervioso).** ¿Crees que se me puede imponer a mí con una bofetada? **(Grita).** Vamos, ¿Por qué me hablas siempre de esa bofetada?

La mujer **(tranquilizándole).** — Pero, Amadeo... te ruego... ¡Por Dios, Amadeo...!

El escritor **(exasperado).** — Es cierto; no siempre me comprendes. Vosotras, las mujeres, no podéis comprender a un hombre superior, a un intelectual, la fuerza bruta no puede imponerle... No es la fuerza bruta, ni la bofetada lo que a mí me impone... Sino la superioridad del alma... Eso sí... no la bofetada del alma... Quiero decir la superioridad de la fuerza bruta..., es decir, la superioridad de la bofetada.

La mujer. — Querido Amadeo, pero si ya lo sé...

El escritor **(hace un movimiento de desprecio).** — ¡Déjame en paz! ¿Es que crees quizá que tengo miedo a tu marido?... ¡Oh! Si tu marido se presentase con la superioridad del alma, entonces, tal vez... Con una distinción interior... Pero no sabe venir más que con bofetadas... Vamos; te lo ruego, con eso no me impone. Un hombre que es fuerte interiormente no tiene miedo a eso... Que me muestre una superioridad del alma tu marido...

La mujer. — Pero, Amadeo...

El escritor. — ¡Magnífico!... ¿Por qué no viene con una distinción de alma?... ¡Tu famoso marido!... ¿Por qué viene siempre con bofetadas?... ¿Para imponérseme?... **(Cada vez más fuerte).** ¡Tu famoso marido!... ¡Con bofetadas! ¿a mí?... ¡No con el alma!... Que venga a mí con la distinción del ingenio... y no con bofetadas...

(Llaman. Se miran espantados).

El escritor **(Vacilante).** — ¡Caramba!

La mujer **(asustada).** — ¿Quién es?

El escritor. — ¡Demonio!

(Fuera, la voz de un hombre; "Don Amadeo, el escritor, ¿está en casa?")

La mujer. — ¡Por Dios, es mi marido!

El escritor. — ¡De... mo... nio!

La mujer. — ¡Por Dios, no abras!

El escritor **(divagando).** — ¿No... a... brir?

La mujer.— **(corre de un lado para otro).** — ¡Dios mío!... Espera... no abras... me esconderé... ¡Dios mío!... ¿dónde puedo esconderme?

El escritor.— Pero, te lo ruego... no es completamente necesario...

La mujer. — Entonces, ¿qué es lo que debo hacer?

El escritor. — ¡Oh, te suplico!... Si realmente quieres esconderte...

La mujer. — ¿Dónde?... ¿Dónde?

El escritor **(corre dando vueltas por el cuarto).** — Te lo ruego... donde tú quieras... tal vez aquí. debajo de la mesa...

La mujer **(descubre el armario).** ¡Ya está! **(Saltando dentro. Ya en el armario, dice con voz jadeante):** — ¡En cuanto dispare contra mí. estrangúlalo!

El Escritor **(en medio del cuarto).** — Sí... sí, querida... lo que tú quieras.

(Llaman más fuerte. El escritor hunde la cabeza entre los hombros, cierra sus ojos y después los abre).

El escritor. — ¡Entre!

El marido **(entra: es un hombre fuerte, atlético. Se inclina cortésmente).** — Buenos días, caballero.

El escritor **(con los ojos cerrados, ante el armario).** — Buenos días.

El marido **(muy amablemente).** — ¿Tengo el honor de hablar a don Amadeo?

El escritor **(abre los ojos y descubre al marido: los vuelve a cerrar, asustado, y se empequeñece, temblándole todo el cuerpo).**— ¡Eh! Sí... sí...

El marido **(se le acerca más y acentúa sus palabras.**— Soy muy dichoso al haber conocido a usted. Yo soy Luis Toral...

El escritor **(abre los ojos con espanto, lo mira, tiembla y vuelve a cerrar los ojos.** — ¡Eh! Es usted muy amable. Torel. Bonito nombre... Es un nombre distinguido, ligero, sencillo. amable... Hablemos de él. **(Retrocede asustado).**

El marido **(asombrado).** — ¿Por qué cierra usted los ojos?

El escritor. — ¡Oh, no es nada! Unicamente es que me molesta la luz... y, además, estoy muy cansado... Precisamente estaba durmiendo cuando usted ha llegado... y todavía no estoy completamente despierto... Voy a abrirlos... Ya se dignará usted aguardar un momento...

El marido. — En el fondo, he venido para... **(Mete la mano en su bolsillo de detrás).**

El escritor **(abre los ojos y descubre aquel movimiento. Cierra los ojos y se pone a temblar de espanto, y cae de rodillas).**— ¡Ay! ¡Ay!

El marido **(no se da cuenta de ello, pues está buscando en el bolsillo interior de su abrigo.** — He venido para enseñar a usted, a austed, que es la única persona a la que considero digna; para... enseñarle... a usted... ¡Caramba! ¿Dónde he metido el manuscrito?... ¡Ah!... Ya lo tengo... **(Saca de su bolsillo unas cuartillas).** En fin, para enseñarle a usted un cuento... que **(baja los ojos, avergonzado)**... que he escrito... **(Con una sonrisa turbada alza los ojos, y descubre al escritor, que está todavía de rodillas).** Perdóneme...

El escritor **(abre los ojos).** — ¿Cómo dice usted?

El marido. — Un cuento... pero, ¿por qué...?

El escritor. — ¡Oh nada!... Siga usted... Es que, por casualidad, en lugar de sentarme me he arrodillado... Soy un poco distraído... ¿Que ha dicho usted? ¿Un cuento?

El marido **(con sonrisa turbada, casta).** — Sí... En secreto... He escrito...

El escritor **(lo mira con los ojos muy abiertos, y se yergue).** — ¡Ah... ¿pero usted escribe?

El marido **(un poco menos vacilante).** — Sí; escribo en secreto desde hace algún tiempo...; pero no he publicado todavía nada

El escritor **(respira profundamente, se estira, toma una actitud descuidada, un aire de superioridad).** — ¿Y es para eso para lo que ha venido usted a mi casa? ¿Y trae usted un cuento?

El marido. — Sí, y me sentiría sumamente satisfecho con conocer su opinión... Tengo en gran estima el talento de escritor de usted... ¡Oh! Sé muy bien que las gentes me creen un calavera, porque me gusta un poco el andar de juerga... el tener pendencias...; pero a usted, a quien tanto considero, habré de decirle que lo que brilla en el fondo de mi alma es el altar radiante de las artes y de las ideas nobles, que resplandece como una antorcha eternamente encendida...



El escritor **(lo mira todavía con cierta escama).** — ¿Encendida?

El marido. — Por eso es usted el único hombre a quien yo he traído este cuento, para que usted pueda juzgar de mi modesto talento. y voy a leérselo. ¿Usted lo permite? **(Se sienta y coge el manuscrito).**

El escritor **(todavía bajo la impresión del espanto).** — Bien... Si usted quiere... es decir, que...

El marido **(leyendo).** — "La superioridad del alma..." **(Alzando los ojos).** Es el título.

El escritor **(asombrado).** — ¿La superioridad del alma? **(Se sienta ligeramente).** Cuando usted guste.

El marido **(leyendo).** — "Me encuentro con Magda por primera vez en la luz roja de la tristeza dolorosa de un crepúsculo de otoño..." **(Alza los ojos, para ver el efecto).**

El escritor **(se sienta, enciende un cigarrillo.** — ¿Usted fuma?

El marido **(lee).** — "Magda era una muchacha pálida y anémica, y temblando, contraía los rasgos fatigados de su rostro..."

El escritor **(levantándose bruscamente).** — Sí, sí... es muy interesante; pero yo preferiría que usted...

El marido **(lee).** — "Magda me miraba tan tristemente, tan dolorosamente, como una pequeña gacela a la que la malvada humanidad hubiese herido..."

El escritor **se levanta y va y viene por la habitación.**

El marido **(lee).** — "¿Quién eres? — pregunté a Magda, y tuve que detenerme. El farol de la calle alumbraba con amarillos tonos nuestras nobles facciones:"

El escritor **(se acerca por detrás de él y le pone la mano sobre el hombro).** — ¡Querido señor!

El marido **(sigue leyendo).**— "Me miró con su triste boca, y dos lágrimas, semejantes a dos perlas cayeron de sus ojos sobre la frente..."

El escritor. — Perdón, señor, un momento.

El marido **(leyendo).**— "Y en sus ojos leí, palabra tras palabra, las frases siguientes: ¿Por qué me lo preguntas? Soy la hija del arroyo... Sí..., soy la hija desgraciada y viciosa del arroyo..."

El escritor.— Perdón, señor un momento...

El marido **(leyendo).** — "Con lo que la dije lo siguiente: ¿Por qué crees tú que todo el mundo tiene el corazón duro y helado, como es la vida?"

El escritor. — ¡Por favor!

El marido **(leyendo).** — "Ya ves, le dije a Magda. Mi alma te comprende, y soy yo, yo, yo, el desconocido quien te hará salir de esa charca. Porque únicamente la superioridad del alma es lo que tiene derecho a hacernos salir de la charca pestilente de la maldad humana".

El escritor.— Sea usted amable; cese por un instante ¡Escuche!

El marido **(leyendo).** — "... la superioridad del alma, dije, la superioridad del alma. Y seguimos hablando todavía durante tres horas en la esquina de la calle, bajo la triste lluvia de otoño, durante tres horas, palabra tras palabra, lo siguiente..."

El escritor **(se levanta de un salto, corre hasta la mesa y agarra la cafetera).** — ¡Cuidado, que le voy a tirar la cafetera.

El marido **(leyendo).** — "Pues tu alma exquisita, únicamente un alma exquisita como la mía, puede salvarla de la charca del ser, ¡oh, Magda!, la dije, mudo, y con voz en la que temblaba todo el dolor del mundo".

El escritor **(arrojándole la cafetera).** — ¡Ahí va!

El marido **(leyendo).** — "Pues mi alma supersensible, ¡oh, Magda!, mi alma supersensible tiembla en su indiferencia ante los más delicados afectos exteriores... Mi alma supersensible, dije, ¡oh, Magda!..."

El escritor **corre desesperado de un lado al otro del cuarto, y después arroja la mesa contra el marido.**

El marido **(leyendo).** — "... Mi alma supersensible, dije, ¡oh Magda!, no sabría soportar el menor rayo de su infidelidad a través del azul extrañamente radiante de tus ojos..."

El escritor **(agarra el armario, para tirárselo contra el marido: al fin, se golpea la frente).** — ¡Ah, me había olvidado!... **(Abre el armario y saca de él a la mujer, que se había quedado allí dormida).** — ¡Por Dios, María, despiértate!

El marido **(leyendo).** — "Porque créeme, Magda; ante mis ojos no puede permanecer en secreto el menor movimiento interior..."

La mujer **(se frota los ojos).**— ¿En dónde estoy?

El escritor. — ¡María, ayúdame! ¡Haz algo!...

El marido **(leyendo).** — "Pues, la dije, la superioridad del alma y la supersensibilidad del alma son una misma cosa, gracias a las cuales han podido comprender la desesperación que nace en las profundidades tristes del alma viciosa de la pobre muchacha dolorosa de la calle".

La mujer.— Por Dios, Luis, te lo suplico...

El marido **(leyendo).** — **"Y no tienes más que decirme una sola palabra, ¡oh, Magda!, una sola palabra:** "Cállate", y me callo, pues no me gusta más que callar y observar; para mí no hay cosa mejor que callar y observar..."

El escritor **(con súbita decisión).** — No puedo seguir aquí. **(Se pone su abrigo).**

El marido **(leyendo).** — "Y yo, Magda, soy un alma que nadie quiere oir, pues todo el mundo juzga por mi extraño exterior las límpidas bellezas de mis más nobles inclinaciones..."

El escritor **(gritándole al oído).** ¡Eh, señor! ¡Señor! ¡Al menos haga usted compañía a esta señora en esta su casa! Yo me iré a vivir al hotel. **(Sale corriendo).**

La mujer **(gritando).** — ¡Amadeo! ¡Amadeo! ¿Me dejas aquí? ¡Aguarda, espérame! **(Corre tras él)**

El marido **(leyendo).** — "Pues Magda, dije, la belleza y la superioridad del alma es la única cosa en la vida que conserva un brillo para la pureza comprensiva de mi exquisita imaginación..." **(Va cayendo el telón).**

RESEÑA DE LIBROS

FERNANDO DIEZ DE MEDINA ENJUICIA "GESTA VALLUNA", LA ULTIMA OBRA DE AUGUSTO GUZMAN.

"LA Paz, 10 de noviembre de 1953. — Señor D. Augusto Guzmán, Cochabamba.— Mi querido Augusto:

A pesar de mis recargadas tareas en esta Comisión, de la que no puedo salir antes de horas 21, pude leer su hermosa GESTA VALLUNA que me envió el amigo Guttentag.

Fiel admirador como soy de todo lo suyo, no me queda sino expresarle mis parabienes por su último libro, que es un noble alarde de jerarquía intelectual. Todo en él es completo, el fondo, la forma la pasión con que vibran sus páginas los primores del estilo. Esta obra es un breviario de cochabambinismo y un compendio de bolivianidad. Tan adentrado anda usted en su tema, que se siente un viento valluno, bravío y tierno, soplando de paisajes y hombres con esa nobleza ancestral, que sólo da la ternura terruña. ¡Feliz usted que ha podido crear esa sonata de lírica esperanza al solar cochabambino!

Creo que el crítico, el ensayista y el poeta que hay en su pluma, han culminado con este bello trabajo que enriquece la cultura nacional por el calor humano, la acuciosidad crítica y la rica musicalidad de su prosa.

¡Cuánto me habría gustado hacerle la crítica que Ud. se merece: extensa y profunda! Desgraciadamente mis afanes literarios están paralizados por los deberes que me impone este cargo.

Le auguro un rotundo éxito en su nueva creación literaria. Es como un gran fresco sociológico y poético del valle. Nadie pudo pintarlo mejor que usted, hijo y cantor de la dulce tierra madre.

Con un saludo de mi esposa para la suya y recordando los días dichosos que pasé en esa querida ciudad, gracias especialmente a Ud., introductor de embajadores en los secretos de la Villa Aropesa, le abraza afectuosamente su invariable amigo.

Fernando Diez de Medina.

CARLOS DUJOVNE, PENSADOR ARGENTINO Y CRITICO EMINENTE, OPINA SOBRE "BELZU" DE FAUSTO REINAGA

BELZU me convence por lo siguiente: 1) Todos nuestros caudillos fueron grandes terratenientes y hasta originarios de familias aristocráticas de la Colonia. Belzu, en cambio, no tuvo tierras, ni de chico ni de grande. Proviene de padres casi desconocidos, es decir del pueblo. 2) Nuestros caudillos fueron gentes absolutamente ignorantes; Belzu, en cambio, siendo un autodidacta, fué el hombre más culto de su época en Bolivia, aunque no tuviese título de doctor. Yo no concibo, ni la historia presenta ningún caso de un gran reformador social que sea un inculto. El Mahoma tantas veces citado por Reinaga en sus escritos era un hombre culto para su época. No hablemos de Moisés. Los ideólogos precursores y dirigentes de la Revolución Francesa fueron los hombres más cultos de su época: basta citar a un Voltaire, a un Diderot, a un Marat o a un Robespierre. Marx y Engels son los sabios enciclopedistas más grandes del siglo pasado y lo mismo reza para Lenín. Sólo el hombre culto puede tener una concepción global de las necesidades de un país, de lo que se entiende por progreso, porque tiene una mente universal. Los caudillos argentinos ideológicamente son reaccionarios, religiosos; Rosas restauró en el poder a los Jesuitas, suprimió toda clase de enseñanza y será Quiroga quien levante el estandarte de "Religión o muerte". Todas las ideas nuevas de Europa, de progreso, no sólo les eran ajenas, sino que estaban contra ellas. Rosas le tenía horror al socialismo utópico y a la revolución del 48 ¿En Argentina, quiénes estuvieron con el socialismo utópico? Echeverría, Alberdi, el chileno Bilbao, Sarmiento, Mitre, etc. Y en Bolivia ¿quién? Precisamente Belzu. Por eso estoy con su Belzu, porque es el hombre más culto de su época en Bolivia y porque estuvo con el pensamiento más avanzado de Europa. Y no importa que no hubiera podido hacer ni grandes ni pequeñas transformaciones sociales en Bolivia, porque para eso se necesitan condiciones históricas dadas. Pero un precursor es siempre un precursor. Es verdaderamente asombroso que en la Bolivia de mediados del siglo pasado un Presidente haya dicho en una esquina cualquiera que "la propiedad privada es un robo".

Argentina, hasta el año 1880, su Litoral sobre todo, era un país casi despoblado, donde las vacas reemplazaron al pequeño campesinado de tipo europeo y al "farmer" norteamericano. La explotación ganadera de este tipo no requería casi la mano del hombre. Por eso fué un país de terratenientes que explotaban la ganadería, y la masa popular de la campaña, un gauchaje seminómada, independiente, que vivía sin trabajar, próximo a los lugares donde había vacas. Este gauchaje nunca ha reivindicado tierras, ni su deseo fué ser estanciero con vacas, sino simplemente quería que lo dejaran vegetar en su ranchito, matar ganado para pignorar el cuero en alguna pulpería, para comer un pedazo de carne y para contrabandear. Nuestro gaucho fué una formación social transitoria, sin perspectivas históricas y condenado a desaparecer, tal como ocurrió efectivamente. El indio agricultor de ustedes es una realidad económicosocial incontrastable que tuvo un gran pasado, que jugó su papel preponderante hasta el presente y que tiene un evidente porvenir: es básicamente el pueblo boliviano. Belgrano, Moreno, Rivadavia, Sarmiento y Mitre comprendieron que, con el gaucho, no se va a ninguna parte, que el progreso argentino estaba en la agricultura y, en consecuencia, en la traída de emigrantes de Europa, es decir, reeditar el proceso de los Estados Unidos. Por eso fueron antigauchos y por eso el gaucho no los entendió ni los podía entender. Por eso también el terrateniente y el caudillo feudal tuvieron un lenguaje más común con esta presunta masa popular argentina. La historia ha dado plenamente razón a los Rivadavia y Sarmiento y está plenamente demostrado que la nueva Argentina no se hizo con el gaucho sino con los campesinos y los obreros emigrantes españoles e italianos.

En Bolivia, con Belzu, el caso es distinto. Ser caudillo de indios y reivindicar la tierra para ellos, es ser portaestandarte del antifeudalismo y de lo que se entiende por progreso. Por eso la tesis de Reinaga y de los que la comparten, es justa.

Yo no podría encontrar, algunas fallas en "Belzu", que residen sobre todo en sus analogías y comparaciones de figuras y acontecimientos históricos dispares, pero todo esto que le digo no empaña de ninguna manera el alto valor científico del libro, su correcta apreciación y valoración de este primero y grande caudillo de las masas populares e indias de Bolivia, cuyo pensamiento político, sociológico y filosófico fué mucho más lejos que todo lo que conozco en los prohombres de América Latina de aquella época. Ninguna de nuestras grandes figuras que compartieron en mayor o menor medida en Argentina el Socialismo Utópico llegaron a formular la idea de que la propiedad privada era un robo; hay algo de esto, sí, en Echeverría, pero Echeverría era un publicista suelto y aislado, en tanto que Belzu el Jefe de una Nación.

Aquí omito algo que doy por sobreentendido: el libro de Reinaga es un alegato apasionado, justo y valioso en pro del indio, de ayer y de hoy, y este género de libros son siempre un gran aporte, en modo especial para la Revolución Boliviana, pues le señala al indio y al proletario al gran precursor de sus luchas de hace un siglo.

Lo felicito, pues, por su libro y alguna vez quisiera verlo con otro Belzu, pero destinado a todos los lectores de América Latina, donde se dé amplísima información de lo que fué este hombre y de la Bolivia feudal en que le tocó actuar. Vale la pena que Reinaga haga un libro así, porque sería una gran contribución para la historiografía latinoamericana, y yo, de mi parte, me comprometo desde ya a editarle en Buenos Aires un libro así. pagándole el costo y encima derechos de autor. De esto tenemos indispensablemente que hablar, porque ya tiene mucho camino andado en la investigación de Belzu y no le costaría gran trabajo dar un segundo libro para los lectores del continente.

No es por halago y por quedar bien con el autor, pero pienso que su libro es un gran aporte para el esclarecimiento de las luchas político-sociales de Latinoamérica y porque ha establecido el gran antecedente y precursor histórico de la actual Revolución que vive Bolivia. Nunca una Revolución cae de golpe, como del cielo; tiene siempre sus antecedentes y precursores históricos. Esto es lo básico y lo demás es secundario, pero no he querido dejar de señalárselo.

LA VIUDA INCONSOLABLE

UNA mujer con manto de viuda estaba llorando sobre una tumba.

—Consuélese usted, señora —dijo un forastero compasivo—, la misericordia del cielo es infinita. En algún sitio habrá otro hombre, aparte de su marido, con quien usted pueda aún ser feliz.

—Había —sollozó la mujer—, había, pero esta es su tumba.

AMBROSE BIERCE

EN LA RUTA DE ÑUFLO DE CHAVES, por Oscar Alborta Velasco. Edición de la Fundación Patiño, La Paz, 1953.— Después de hacer el elogio del fundador de Santa Cruz de la Sierra y de la pléyade de adelantados, que se impusieron tan denodada empresa, como afirma el autor, no hubo para Ñuflo de Cháves, como para ningún otro conquistador un aimparcial estimativa en su "difícil y amarga gloria".

Un día, extrañado en Buenos Aires, Oscar Alborta Velasco, es presentado al historiador argentino Roberto Levillier, autor de la "Historia de los Incas del Perú" y magistral prologuista de la "Historia de la Conquista del Oriente boliviano" de Enrique Finot; venciendo las tímidas reservas del novel autor de "En la Ruta de Ñuflo de Cháves" le anima a que diera a la estampa tan interesante itinerario geo-espiritual.

Luego de una exposición sucinta del medio físico y de los recursos naturales de aquellas dilatadas regiones, en sucesivos capítulos estudia la riqueza forestal, agrícola, ganadera. Empero, en cada uno de ellos no falta el esbozo acertado, la pincelada característica, las modalidades psicológicas del ambiente, un fuerte adentramiento en las costumbres típicas de cada provincia. En el trazo certero de sus cuadros, sobresalen motivos de tradición, vida y costumbres locales. Los retratos de personalidades que contribuyeron al acervo cultural de aquellas dilatadas comarcas, enfocándose con sugestivo e intenso realismo. Por su contenido socio-histórico y su acento descriptivo, constituye un valioso aporte al estudio de la historia del Oriente boliviano. Además, la obra perfila los relieves peculiares más visibles de este vasto escenario, inquietante y complejo.

Bajo el patrocinio del Señor de Malta, se destaca Vallegrande. De su seno nació Manuel María Caballero, esclarecida mentalidad, maestro del polígrafo Gabriel René Moreno, como de otros ilustres ciudadanos. Y, siguiendo la "Ruta de Ñuflo de Cháves", descubrimos Pucará, valle de rientes abetos que los naturales llaman "pinos de Castilla". Por doquier se siente la reviviscencia colonial. Pero Pucará como Samaipata y otros de la zona tórrida, evocan gentilicios de inobjetable procedencia kolla.

El culto a "El Padre Maíz", recuerda el bello "Canto al Maíz" del apasionante ecuatoriano Juan Montalvo, cuando expresa: "Riqueza del pobre, fuerza del trabajador constante, ¡oh grano bendito, tú eres pan y vino para la clase más útil e infeliz del nuevo mundo"... El canto que Alborta Velasco ha captado del folklore nativo, música y verso, late con el alma entrañable de la tierra.

Otros temas concitan interés, porque se hallan trazados con agudo sentido de observación: Chiriguanía, ingente territorio donde se desplazan las grandes reservas agropecuarias, emporio de oro negro, con apreciables áreas no explotadas.

Charagua, Buena Vista, Moxos, son capítulos de inapreciable importancia. Junto a la anécdota oportuna, asoma la nota sugerente, el relato dramático. Cada uno de ellos se desarrolla en un clima denso, envolvente, donde transcurre la vida humana como un signo insignificante.

"Moxos, la desconocida", tierra de embrujo. Como apunta el autor, después de "tanta tentativa de conquista", al fin pudo ganarla con gloria don Lorenzo Suárez de Figueroa. En resumido sumario histórico-geográfico, que no alcanza, empero, a fijar las características del país de Moxos o Paititi, Alborta ha incurrido en algunas inexactitudes, quizás porque no consultó la "Historia de la Misión de Moxos", del Padre jesuíta Diego Francisco Altamirano, edición publicada juntamente con la "Breve Noticia de las Misiones de Moxos", incluída en el apéndice de la misma, por don Manuel Vicente Ballivián en 1891.

En el Cap. 1º, pág. 19 de la "Historia de las Misiones de Moxos", se fija la primera entrada de esta manera: "El primero de que hay noticia se aventurara a ver a aquellos bárbaros, fué de los jesuítas, el padre Gerónimo de Andión, que parece no pudo conseguir de ellos algo en orden a reducirlos a la Santa Fe" etc...

Al compulsar aquellos datos, con la "Breve Noticia de las Misiones" (pág. 1ª Ob. cit.), hallamos este detalle: "A la reducción, pues, de estas fieras (se refiere a los bárbaros) penetraron varios viajeros de la Compañía los senos de las montañas, siendo el primero y capitán de tan apostólicos misioneros el santo padre Diego Martínez, con otro de igual celo, que por Santa Cruz de la Sierra, desde el año 1586 entraron a las provincias de los infieles chiriguanos, chiquitos, chaneses y Moxos". Conforme a otros juicios no menos evidentes, siguieron a aquel misionero, los venerables padres jesuítas Migual de Urrea en 1597 y Bernardo Rheus, en 1629, que ingresaron al territorio por los Andes de Chuquiabo (La Paz) y después de muchas peripecias "padecieron glorioso martirio a manos de los bárbaros", (pág. 2, ob. cit.).

Termina "En la Ruta de Ñuflo de Cháves" con el "Romance del Coto colorado", "Noche Chiriguana" y el "Romance de la Niña del Estrado". Fragmentos de historia novelada, con estilo espontáneo y sencillo. Tres relatos de palpitante realismo, que le servirán con ventaja para incursionar en el cuento. Parece que este autor no ha olvidado aquella sabia receta de Blasco Ibañez: "Lo único importante es que el narrador vea las cosas de cerca, directamente y que las viva aunque sea poco, para poder adivinar como las viven los demás".

Luis Felipe Vilela

LA VIDA EN OTROS PLANETAS

por ANTONIO TEJEIRO



SUSAN HAYWORD

UNA de las condiciones generales de la vida es la temperatura adecuada, por que la fluidez de las proteínas se altera y se destruye en temperaturas muy elevadas, y en muy bajas se paraliza. La presión de una atmósfera envolvente es otra condición vital; el peso de un mar gaseoso mantiene los organismos en equilibrio armónico con las funciones internas y externas. La luz solar es fuente de energía vital que surte a los vegetales de lo más esencial para que sirvan de alimento hasta a los seres que viven en el fondo del mar. La gran variedad de substancias que forman la materia viviente, se debe a la peculiaridad con que el corbono se une a otros elementos químicos.

La vida empezó en nuestro planeta, cuando el ambiente reunía estas condiciones y estaba tranquilizado y sin alteraciones catastróficas. nuestra atmósfera actual es como un dosel protector contra la furia de los rayos cósmicos ultravioletas e impactos meteóricos. La atmósfera no permite atravesar todo el torrente energético del sol ni tampoco permite irradiar todo el calor de nuestro planeta. Nuestra atmósfera se divide así: tropósfera, en cuyo seno se verifican los fenómenos meteorológicos; tiene 13 kilómetros de espesor y constituye el ochenta por ciento del volumen total de la atmósfera; es más abultada en el ecuador y más aplastada en sus polos. Viene en seguida la tropopausa, que es región de capas estratificadas. A esta sigue la estratósfera, de 75 kilómetros de espesor; región isotérmica de 55 gr. bajo cero. La zona baja de la estratósfera es rica en ozono que se produce por la acción de los rayos ultravioletas sobre el oxígeno y también por descargas eléctricas. El ozono es el filtro de los rayos ultravioletas que, de atravesarlo totalmente, serían peligrosos para la vida. El ozono da a la penumbra de la Tierra en los eclipses de Luna esa tonalidad roja. Sobre la estratósfera está la ionosfera: región de los iones. Aquí se distinguen dos estratos: la capa de Kennelly Heaviside donde se reflejan las ondas de radio y transmiten las ondas largas (se la designa con la letra E) y la capa de Appleton, donde se verifican las auroras boreales y esos velos tenues de color azul. El próximo año de 1957, se llamará año geofísico, pues será el comienzo de una serie universal de investigaciones de la atmósfera aun desconocida. La densidad de nuestra atmósfera o de cualquiera otra disminuye con su altura y sus moléculas están siempre agitadas y chocando entre sí, pero no tan frecuentemente, sólo que a cada choque o impacto rebotan a gran distancia, como para salir del dominio gravitatorio de la Tierra.

Pero ya se sabe que ningún cuerpo puede salir fuera del campo gravitatorio, a no ser que esté animado de una velocidad igual o superior a la velocidad de escape, que varía para cada planeta y es igual al doble del producto de su masa por la intensidad de su gravedad en su superficie y partido por el radio del planeta. Sin la atracción terrestre, nuestra atmósfera se hubiera disipado, al igual que las atmósferas de la Luna y Mercurio si es que la tuvieron Nuestra atmósfera actual está constituída de oxígeno, nitrógeno, argon, vapor de agua, anhídrido carbónico, hidrógeno, neón, helio, ozono y cantidades variables de amoníaco y sales marítimas. Nuestra atmósfera, cuando era joven, tuvo más helio, ganado, desde tiempos geológicos muy remotos, mediante el proceso de formación de rocas sedimentarias, como resultado de la erosión de rocas ígneas. También contenía más vapor de agua y se hallaba a más altura. hoy sigue disipándose el helio con lentitud, así como el hidrógeno y demás gases livianos. Felizmente el vital oxígeno no puede perderse del todo, porque desde que hubo vida vegetal, los bosques, absorbiendo anhídrido carbónico de la atmósfera, a expensas de la energía solar, devuelven el oxígeno.

Desde épocas lejanas, la putrefacción de antiguos bosques fué la causa de la disminución del oxígeno y el aumento del anhídrido carbónico. Ese anhídrido carbónico sirvió para construir células vegetales. Tal vez se piense que aquí se incurre en un círculo vicioso; pero no es así, porque no hubo equilibrio ni compensación completos. Por la gran cantidad de materia orgánica que se sepultó sin oxidarse, se economizó oxígeno. Con estas nociones básicas, se puede decir algo sobre la vida en otros planetas.

El análisis espectral ha revelado los elementos principales que constituyen las atmósferas de los planetas. Venus contiene mucho anhídrido carbónico; luego, su oxígeno primitivo se combinó con el carbono y formó el anhídrido carbónico. Se combinó más con el carbono que con el hidrógeno, así que en Venus no hay mares. La atmósfera de ese mundo está saturado de nubes de anhídrido carbónico. No se ha revelado vida orgánica, porque no hay oxígeno suficiente ni vegetación.

Marte es el planeta que, después de la Luna y Venus, se aproxima más a la Tierra. En sus épocas favorables, como la que tendrá lugar en 1956, está a una distancia de 56 millones de kilómetros de nuestro planeta. Su superficie es visible. Desde Guillermo Herschell, quien avisó al mundo haber visto nubes y mares, hasta los últimos radiogramas enviados a ese planeta vecino, se lo ha examinado con toda la técnica moderna. La primera descripción fué así un disco brillante con sus casquetes polares blancos y, en lo restante de su superficie, como remiendos de color verde muy variado y en un fondo anaranjado. Schiaparelli fué el que usó la palabra canalli "canales" para designar esa red de líneas perfectamente rectas, sin tortuosidades que cruzaban gran parte del suelo marciano comunicando regiones oscuras. Se supone que estos canales sean trabajos de ingeniería para distribuir agua en las regiones secas. Percival Lowell, en 1892, fundó en Arizona un observatorio para continuar con el estudio de Marte. Este planeta tiene su ecuador, al igual que la Tierra, inclinado unos 24 grados con relación al plano de su órbita, permaneciendo fija en el espacio la dirección de sus polos. En consecuencia, en sus oposiciones se ve el planeta en la misma posición relativa. La región del polo sur; es la mejor conocida, porque coincide con su proximidad. El problema de sus canales permanece siendo un enigma. La superficie de Marte muestra manchas que cambian con sus estaciones de un modo constante, tanto de color como de forma. Así como también hay manchas que cambian irregularmente. Tiene estaciones fijas, de invierno y verano. Se ha llegado a esta conclusión por los efectos que se ven en sus casquetes polares, que en su invierno aumentan de extensión y en verano se reducen, por no decir desaparecen. Sobre la composición química de los casquetes polares, si serán de nieve, es decir, agua o serán de dióxido de carbono, se han suscitado dudas. Sin embargo, está demostrado que son de agua congelada en pequeña escala. Al llegar la primavera. se evaporan en la Tierra; parecen que estos casquetes polares flotasen a cierta altura del suelo. Por esto se los llamó montaña de Mitchell. Llegada la noche, descienden en forma de rocío sobre el suelo. En la plenitud del verano desaparecen.

El planeta Marte ha sido fotografiado con filtros rojos, amarillos, verdes y violetas. Así ha podido comprobarse que su suelo es en gran parte desértico y lo restante áreas lacustres y oasis que van reduciéndose por la invasión de arena arrasada por vientos débiles pero continuos. Marte, fotografiado con filtro violeta es más voluminoso que fotografiado con filtro rojo. Mediante este procedimiento y otros más se supo que su atmósfera tenue es de más de 90 kilómetros de altura. Con el auxilio de filtros se han distinguido en su atmósfera otras nubes amarillentas y azules. Por el oscurecimiento de sus oasis, consecuente a la fusión de sus casquetes polares, se ha llegado a la conclusión de que en Marte hay circulación de agua, pero a la inversa de lo que sucede en la Tierra, pues en Marte la florescencia empieza en el ecuador y termina en los polos. El cambio de color con las estaciones y la variedad de tonos del oscuro al verde y de este al verde claro y al verde azulenco, revela la existencia de campos de vegetación superficial. No hay lagos ni montañas, tal vez porque la erosión del agua fué activa en su pasado geológico. El nivel de su superficie sólida no ha sufrido alteraciones catastróficas como pasó en la Luna. Su atmósfera inferior a la de la Tierra. Su oxígeno desapareció también por combinaciones químicas. Hay evidencia de que en Marte existen algunas especies vegetales que reciben el influjo solar nutritivo en consecuencia y, sirven de sustento a otras especies animales.

Los planetas gigantes, Júpiter, Saturno, Urano, y Neptuno, están envueltos en atmósferas que contienen gases venenosos. Teodoro Dunham descubrió en la atmósfera de Júpiter más amoniaco que en los demás planetas, luego su hidrógeno debe de haberse combinado con su nitrógeno.

En Júpiter hay también metano, lo que confirma su hidrógeno abundante. Probablemente, parte de su hidrógeno se combinaría con oxígeno para formar agua, que se ha insumido en su corteza, donde no penetran los rayos solares, y por esto resulta inadvertida al análisis. La no manifestación de su hidrógeno debe pues atribuirse al extremo frío, pues sólo absorbe en el extremo violeta, donde nuestro escudo atmosférico es efectivo. La atmósfera turbia de Saturno contiene más metano que amoníaco, lo que demuestra mayor frío que en Júpiter. Esta condición de Saturno existe en mayor grado en Urano y Neptuno, envueltos en la oscuridad y el frío, manteniendo un mínimo de calor interno.

Se ve, hasta aquí, que de los nueve planetas de nuestro sistema solar, exceptuando los satélites, sólo Marte ofrece una mansión restringida de vida. Venus no puede ser mansión de vida, por carecer de oxígeno y agua. De Júpiter y Saturno aun no se sabe si tienen superficies sólidas y, aunque las tuviesen, sus atmósferas venenosas destruirían todo germen de vida.

¿No parece extraño que casi todos estos mundos colocados en armoniosa distancia, no sean mansiones de vida, ni siquiera en posibilidad?

¿Pero quién ha dicho que el Universo está limitado a nuestro sistema solar minúsculo y que fuera de nosotros, desterrados, no hay ni puede existir otros seres racionales? La humanidad terrestre echa de menos otras humanidades ¿y para qué? Cuando Marte estuvo próximo a la Tierra, en 1938, en el pueblo norteamericano corrió el rumor de que los marcianos invadían nuestro planeta. Hizo bien Dios en no colocar próximos dos mundos habitados por seres inteligentes.

LA HORMIGA LEON

EN algunos desiertos de arena sometidos a fuertes vientos, suelen formarse pozos cónicos, a modo de grandes embudos, siempre perfectamente circulares, y de profundidad muy grande a veces.

El ser que inadvertidamente traspasa el borde de ese cráter y cae al fondo, no sale ya más. Cuántos esfuerzos haga para trepar por las paredes deslizantes, serán inútiles. Mientras le quede un soplo de aliento intentará alcanzar el borde del cono, sin otro éxito que desmoronar sobre sí nuevas toneladas de arena reseca.

El sol y la extenuación harán luego el resto, hasta que nuevos vientos rellenando el cono nivelen el desierto, sin el más leve recuerdo de lo que allí pasó.

En el Chaco se encuentran estos conos por decenas, sobre todo en los parajes donde la arena muy fina se halla a resguardo del viento. En el fondo de cada cráter, enterrada y sin asomar más que los ojos y la punta de las mandíbulas ,presta a arrojar paletadas de arena sobre la víctima que se arriesgue hasta el borde de la tumba por ella construída, vive la hormiga león.

No son muy grandes estos cráteres, como se comprenderá. Apenas alcanzan los mayores a cinco centímetros de diámetro, y otros tantos de profundidad. Pero estas diabólicas trampas contituyen, para los insectos que se arriesgan a desflorarlas, una tumba sin resurrección.

Una mañana, pues, las langostitas o la araña pasean tranquilas por el pequeño páramo de arena. El sol es agradable; la soledad torna perfectamente seguro el paraje.

De pronto la araña siente que el suelo le falta. Trata de afirmarse pero el terreno cede. Millones de finísimos granitos de arena pasan velozmente a su lado.

La araña hunde desesperada sus patas en aquel plano inclinado que se desmorona bajo ella; y está ya a punto de alcanzar el borde salvador, cuando del fondo del cráter comienzan a llover sobre su cuerpo paletadas de arena, verdaderas bombas explosivas que arrastran consigo la arena de la pendiente, y con ella al insecto trepador.

Nuevas tentativas para abandonar aquella trampa de pesadilla, fracasan. Cuantas veces la araña va a alcanzar por fin el borde del cono, las bombas de arena tornan a desmoronar las laderas.

En una de estas caídas, una de las patas del insecto roza el vértice mismo del cono, y desde ese momento el intruso puede considerarse separado del mundo. La extremidad de su pata está presa entre las mandíbulas de la hormiga león, que comienza a enterrarse en la arena, arrastrando con ella a su víctima.

Es en balde que ésta se afiance, que se enarque sobre la tumba que la absorbe. Su pataleo provoca nuevos derrumbamientos de arena, que comienza a cubrirla.

Si el insecto es muy vigoroso, logra a veces desprenderse, trepa desesperado y parece que está a punto de alcanzar el borde del cono; pero la hormiga león lanza otra vez sus bombas, y el insecto cae. Llega por fin un instante en que la hormiga león se ha hecho invisible desde hace rato, y del insecto sólo se percibe la extremidad fragilísima de sus antenas.

Un momento aún, y no se ve ya nada. Como en el desierto, en el cono nivelado e inmóvil no queda rastro alguno de lo que allí pasó.

¿LLEGAREMOS A CONSERVARNOS EN HIELO?

LOS frigoríficos están abriendo nuevos campos a sus actividades; hasta el presente se habían contentado con la no modesta tarea de enfriar carnes y otros comestibles, preservándolos así de la putrefacción y permitiendo con ello el envío a grandes distancias de alimentos en perfecto estado de conservación y frescura. Tratándose de productos animales, forzosamente debían ser éstos sacrificados. Hoy ya se empaquetan en nieve huevos de trucha vivos.

Estos huevos proceden de Retorna, región de la Nueva Zelanda, bien conocida de turistas y aficionados a la pesca, por sus pintorescos parajes y las grandes dimensiones de sus truchas.

Son expedidos a Sydney, al establecimiento de piscicultura del Estado de la Nueva Gales del Sur, de los cuales se sirve para proveer los ríos de la región.

Estos huevos, llegados a su destino, son sometidos a un tratamiento especial que provoca su eclosión. Ocurrida ésta, los pequeños pescados son rodeados de grandes cuidados hasta que llegan a ser un tanto crecidos y se les echa en el río.

Los profanos se asombrarán de que se puedan conservar los huevos vivos en el hielo y se produzca la eclosión en seguida. Pero no es esto lo mejor.

En el Canadá, se han podido transportar a grandes distancias pescados vivos aprisionados entre bloques de hielo. Llegados a su destino, se hallaron en perfecto estado.

Este procedimiento de transporte sería ineficaz con los pescados de mar, como con los que habitan en regiones templadas. Pero las especies de los países fríos están habituadas a soportar temperaturas muy bajas.

Su vida se suspende durante el viaje y permanecen en una letargia más profunda que la de las especies terrestres que duermen durante algunos meses en el período invernal Recuérdese, a este propósito, que ciertos pescados de la costa de Africa pueden sobrevivir a largos períodos de sequía absoluta, encerrándose en una pella de lodo, que, bajo la acción de la sequía y el calor, adquiere la consistencia de la tierra cocida.

Estos pescados vuelven a la vida en las primeras lluvias, que disuelven el barro y les libran de su voluntaria prisión.

Y no han sucumbido ni al hambre, ni a la sed, ni a la falta de aire. La Naturaleza es verdaderamente una fuente de milagros.

EL TREMENDO OPIO

AUNQUE hoy está en todas partes severamente reglamentado el comercio del opio, y en muchos países prohibido en absoluto, aun constituye este estupefaciente una de las primeras riquezas de ciertas regiones. Todavía hoy la mayoría de los cultivos de la adormidera se explotan para obtener el opio, y puede juzgarse de la importancia de esta producción considerando que su consumo anual representa un valor de 100.000.000 de pesos papel, consumiéndose la mayor parte de esta cantidad en el oriente, donde consentido o no, los fumadores de opio son todavía una de las cosas más típicas.

Cuando en China sólo la empleaban como medicamento, consumían unos 1.500 kilogramos anuales, mientras que el consumo actual excede de 5.000.000 de kilogramos.

Examinando con el microscopio el corte transversal del fruto de la adormidera cuando todavía no se halla en su completa madurez, se distinguen claramente tres zonas: una epidérmica (pericarpio), incolora, muy fina, rígida, y debajo de ésta otra zona media (mesocarpio), verde, esponjosa y algo más ancha que la anterior, y, por último, la zona interna (endocarpio), también verde, pero con matiz amarillento. En la zona media existen numerosos vasos lactíferos que contienen un jugo espeso. Este jugo es el opio.

El procedimiento que se sigue para la obtención del opio es, corta diferencia, el mismo en todos los países. Pocos días después de efectuarse la caída de los pétalos y estambres, cuando los frutos principian a perder su color verde, se inciden éstos con un cuchillo muy fino, de modo que no se corte por completo el pericarpio, para lo que se envuelve la hoja del instrumento hasta la punta con una tira de lienzo y se aplica aquélla sólo a la mitad inferior del fruto, produciendo en la base de este uno a dos cortes circulares o en espiral. La profundidad de estos cortes no llega a la zona interna, con lo cual es cierto que no se extrae todo el látex contenido, pero tampoco se corre el riesgo de que perforando el pericarpio, dicha substancia se derrame en el interior del fruto. Las incisiones se hacen después de mediodía, y el jugo, condensándose en lágrimas pequeñas durante la noche, se recoge a la mañana siguiente por medio de una cuchillita de marfil. Las lágrimas del opio así obtenidas, en cuanto adquieren consistencia suficiente, se reunen para formar panes, o bien se amasan en un mortera, mezclándolas con saliva, y envolviendo después los panes en hojas de adormidera se dejan secar al sol. Los panes, después de secos, se empaquetan en sacos pequeños, mezclados con frutos secos de romaza, para que no se peguen unos a otros y sellando después los sacos.

Este es el procedimiento seguido en el Asia Menor, del cual no se apartan los seguidos en otros países, sino en detalles secundarios, que pueden mencionarse al describir sus suertes comerciales.

En un millón de pesos se estima el valor de la producción del opio en la India, principal país productor de la venenosa droga.

Las Calles de La Paz

ALFREDO ASCARRUNZ

ESTA calle que lleva el nombre de un literato boliviano parte de la calle Lisímaco Gutiérrez. Está situado en el barrio de Sopocachi, en las inmediaciones del Montículo, y es paralela a las calles Sánchez Lima y Presbítero Medina.

Don Alfredo Ascarrunz nació en Oruro, en el año 1878, habiéndose educado en el Colegio de los Padres Salesianos; pasó luego a la Universidad de La Paz, donde se graduó de abogado; siendo muy joven viajó por Europa y sus actividades periodísticas lo llevaron en París al Directorio de la Prensa, máxima organización del periodismo. Vuelto a la patria, fundó con su hermano Moisés, "El Imparcial". Posteriormente fué redactor de "El Liberal" y "El Comercio de Bolivia". Como periodista satírico y burlón, fundó y dirigió "El Maestro Ciruela" y "El Gallo", hebdomadarios, a base de caricaturas y sátiras de carácter político y social, que fueron muy populares en su tiempo y que representan la fina ironía de su autor y director.

Hombre de gran ilustración y conocimiento, publicó en los años 1896 y 1897 su "Almanaque Ilustrado", obra interesantísima, que lo hizo famoso. Más tarde y en colaboración con don Pedro Kramer, escribió un volumen de carácter histórico titulado "Efemérides Bolivianas".

Don Alfredo Ascarrunz estaba ligado a todas las sociedades literarias y científicas del país y también a muchas del exterior. Fué un periodista de vocación: casi todos los diarios que se publicaron en La Paz contaron con su colaboración. Su obra fué amplia y numerosa.

Como político, Ascarrunz era militante del Partido Liberal, y comienza su vida pública con la revolución de 1898, en la que tomó parte activa con el grado de capitán. Luego fué elegido diputado por Carangas a la Convención Nacional reunida en Oruro, que impuso el unitarismo a la federación. Fué alto funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores y luego Ministro de este Despacho en 1913. Ocupó la Prefectura de Oruro en 1903; en 1906 presidió la Cámara de Diputados; en 1911 fué Ministro de Justicia y luego Munícipe y Presidente de la Municipalidad de La Paz. En 1914 desempeñó la jefatura de nuestra representación diplomática en Lima y, posteriormente, en Colombia y Venezuela. El año 1930 fué nuevamente elegido Munícipe y volvió a presidir la Municipalidad de La Paz.

Don Alfredo Ascarrunz prestó al país grandes servicios como Presidente del Centro de Propaganda y Defensa Nacional, así como en muchas comisiones honoríficas y de activo trabajo durante la guerra del Chaco.

Murió en La Paz el 1º de enero de 1934, dejando el recuerdo de una vida ejemplar, de patriota, político y periodista.

R. S. M.

LO QUE DIJERON ANTES DE MORIR ALGUNOS PERSONAJES CELEBRES

EL Obispo Acuña (al verdugo). — Yo te perdono, y empezando tu oficio, aprieta recio.

Juan Quincy Adams. — ¡Es lo último de la tierra!

Samuel Adams. — Libertad para todos.

Alejandro III el Magno. — Mis funerales serán sangrientos.

Alfieri. — Apretadme la mano, amigo mío, que me muero.

Alibaud. — ¡Muero por la Libertad!.

El emperador Augusto. — Aplaudid, si he desempeñado bien mi papel en la farsa de la vida.

Bailly. — ¡Ah, ahora ya llego al puerto!.

Barnave. — ¡He aquí la recompensa de los servicios que he prestado a la Libertad!

El general Bertón. — ¡Viva la Libertad¡ !Viva Francia!.

El cardenal Beaufort. — ¡Que no haya medio de sobornar a la muerte!.

Ana Bolena (tocándose el cuello). Es pequeño, muy pequeño, ¿no es verdad?

Bolivar. — ¡Union, Combinaos! de lo contrario, os devorará la anarquía

El sargento Bories. — ¡Acordaos de que es la sangre de vuestros hermanos la que hoy se derrama aquí!

Bozaris. — ¡Amigos, vengadme!

Bruto. — ¡Oh, virtud, te creí una realidad, pero veo que no eres más que un sueño!

Lord Byron. — Ahora es preciso que duerma.

Julio Camino. — Quiero observar si en este breve instante advierte el alma que va a salir del cuerpo.

Carlos I. de Inglaterra (al verdugo). — Voy a hacer una corta oración y luego levantaré las manos: ésa será la señal!

Juana de Arco — ¡Jesús!.

Carlos X de Francia. — Hijos míos caminad por la senda de la justicia. No me olvidéis... Rezad por mí alguna vez.

Armando Carrel. — ¡Francia!... ¡Amigos!.... ¡República!.

Cazotte. — Muero como he vivido; fiel a mi Dios y a mi Rey.

Julio César (a Bruto, que le hería). — ¡Tú también, hijo mío!

Anarcasis Clootz. — ¡Viva la fraternidad de los pueblos! ¡Viva la República del mundo!.

Colón. — En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

